

SOBRE LA DIDÁCTICA DE LA LITERATURA DE LA ENSEÑANZA MEDIA

Al enfrentarnos con el tema, se ofrece a nuestra consideración un problema trifacético, que pudiéramos plantear así:

- a) Concepto claro de lo que hay que enseñar.
- b) Fin que se persigue con esta enseñanza.
- c) Cómo llegar a conseguir éste.

Veamos el contenido que resbala por cada una de estas tres vertientes.

a) El alumno de enseñanza media debe aprender la Literatura como algo plenamente integrado y surgido del mismo lenguaje. Pero expresado así el concepto de Literatura es tan amplio, que necesita una delimitación de contornos. Precisa concretarlo desde el punto de vista objeto de las presentes líneas. Generalmente, se entiende por tal, bien el conocimiento de los autores literarios y obras que éstos nos legaron, o bien el aprendizaje de una escritura, no sólo correcta graticalmente, sino con un estilo personal y con cierto valor artístico. En verdad, cuando, como en este caso, se trata de una enseñanza de tipo medio en general, ambos conceptos deben conjugarse integrando el contenido de la citada enseñanza. Mas, a nuestro juicio, creemos que, ante todo, la Literatura hay que considerarla como lo que es: una Bella Arte; es decir, la creación de belleza por medio del instrumento típico y propio de lo literario: la palabra; especialmente escrita. Olvidar este concepto estético es dejar a un lado lo fundamen-

tal de que ha de preocuparse nuestra función docente en este punto.

Dios—Suprema Belleza—creó al hombre con una serie de atributos capaces de convertirlo en un ser superior, tanto más, cuanto éste llegue a semejarse a Aquel que le concedió tal poder en un acto generoso de desprendimiento de sí mismo. Entre tales atributos, no es el peor, ni más ínfimo, el de tener sensibilidad estética: una capacidad o potencia vinculada a la naturaleza humana para sentir, percibir y crear lo bello. Y uno de los medios de crearlo es la palabra. Cuando ésta se combina y maneja de modo que capte las íntimas y misteriosas relaciones de los seres, cuando descubra, penetre y exprese lo que de Dios hay en las mismas, produce entonces algo que recrea al alma y atrae a nuestro espíritu: la Belleza. Una semejante creación bella conseguida por el medio expresivo de que disponemos es precisamente la Literatura. Claro está que tampoco puede olvidarse la necesidad de que los alumnos adquieran un conocimiento histórico de autores y obras, siquiera sea de lo esencial en cada época de las letras humanas. Podemos, pues, afirmar que el aspecto más interesante de la enseñanza de tal disciplina es el formativo, sin descuidar por ello el instructivo.

Por otro lado, es imprescindible tener en cuenta que el Profesor ha de llevar a cabo un plan de estudios previamente trazado por el Estado, el cual, en sus cuestionarios oficiales, exige un conocimiento panorámico de la evolución histórica del fenómeno literario. Razonable exigencia, por cuanto lo actual tiene unos antecedentes y unos modelos nobilísimos, cuyo conocimiento e inteligencia es imprescindible para la más perfecta comprensión y asimilación de todo lo que hoy se lee y se escribe.

b) Así concebida la Literatura, para ser transmitida a los escolares medios, se hace concreto y diáfano el fin ulterior que hemos de perseguir con la enseñanza de la

misma. Fin de doble camino: uno, esencialmente formativo; y otro, sencillamente instructivo. El ideal del Profesor, por lo que al primero se refiere, pudiéramos expresarlo así: Que los alumnos, cuando hayan concluido el ciclo de estas enseñanzas, se hallen capacitados para escribir normalmente con la corrección debida y con un estilo personal que sea fiel reflejo de una auténtica formación, que sepan extraer de las obras que lean lo que pudiéramos llamar «el jugo artístico» que aquéllas contengan, en más o en menos; que puedan identificar, con mayor o menor aproximación, por el vocabulario, métrica, estilo, contenido, etc., la época, escuela o autor posible de un texto literario que se le presente a su estudio; que tengan la formación literaria suficiente para analizar, comentar y hasta hacer juicios con relativo acierto de lo que lean. De esta forma, además, podrán distinguir lo bueno de lo malo. Y que, en fin, salgan de sus clases aptos para entrañar las ideas que las obras encierran y cuáles de ellas hayan podido influir, desde cualquier punto de vista, en la cultura de la Patria.

Y por lo que se refiere al aspecto instructivo, de gala en la vida y de provechoso instrumento en la lucha por ésta, le servirá el conocer las producciones literarias cumbres en todas las épocas de los pueblos, ya que a la postre, aquéllas no son sino manifestaciones las más genuinas de la cultura y la espiritualidad de éstos; y

c) Esbozado ya, sencilla y claramente, el contenido de la enseñanza que el Profesor de Literatura en los Centros de Enseñanza Media ha de practicar, henos ahora ante el motivo fundamental del trabajo que nos ocupa. Antes de entrar a fondo en el desarrollo de este problema quisiéramos salir al paso de una posible objeción a las afirmaciones que hemos de dejar plasmadas en letra impresa. Nuestro escrito—breve artículo para revista—no presume, naturalmente, de obra erudita, ni mucho menos, con la pretensión de brindar al lector unas afirmaciones apodíc-

ticas desde el punto de vista de la Pedagogía científica. Sabemos muy bien que para sentar doctrina didáctica incontrovertible, o poco menos, sería necesario haber resuelto previamente una serie de cuestiones relativas: a la edad de los alumnos, al desarrollo de la inteligencia de los mismos, al ambiente en que se hayan educado, a sus aptitudes—y actitudes—espirituales, etc., etc., seguidas, además, tales soluciones de pruebas, estadísticas y demás elementos necesarios para poder pisar el terreno con absoluta garantía y seguridad. Acaso así pudieran darse luego algunas normas de valor universal referentes a la enseñanza de la Literatura.

Aquí no tratamos de eso. El problema que nos entretiene es muy otro, y su exposición escueta como sigue: Los Profesores, oficiales y privados, de Literatura en los Centros de Enseñanza Media, nos encontramos, al palpar la auténtica realidad de cada día, con dos cosas, a saber: una materia o disciplina cuyo contenido hemos de transmitir con sujeción a unos cuestionarios oficiales, más o menos racionalmente trazados (cuestión ésta que tampoco nos interesa de momento). Y, por otro lado, unos alumnos, de la más heterogénea formación y procedencia, de entre quince y dieciocho años de edad, que deben aprender y asimilar, de la mejor manera posible, lo que nosotros tenemos que enseñarles. ¿Cómo poder conjugar ambos factores para que el resultado sea verdaderamente eficaz? He ahí la cuestión que nos interesa en este trabajo.

Trataremos, por ende, de exponer algunas orientaciones que juzgamos valiosas para la enseñanza de nuestra materia, y teniendo en cuenta, desde luego, las actuales circunstancias y condiciones que cuentan hoy en el desenvolvimiento de nuestra labor. Tal género de normas son, eso sí, fruto de una bastante larga experiencia y de un regular conocimiento pedagógico y psicológico de los escolares.

La primera actitud que ha de tomar el Profesor (en

adelante, siempre que mencionemos a éste se entenderá de Literatura) será la de huir, en absoluto, de hacer de su materia un simple catálogo de nombres que aburren a toda hora al alumno, y cuya monotonía ahuyenta la alegría de la clase, aparte la poca o ninguna utilidad que, solos así los nombres, tiene una semejante procesión para la cultura del escolar. Tampoco se dedicará a explicar, jamás, con un prurito de erudición, que agostaría inmediatamente el anhelo de saber y el estímulo aquéllos. Precisa mirar siempre a una verdadera formación espiritual de los mismos valiéndose del instrumento, acaso, más precioso para ese fin: la palabra bellamente escrita. Es decir, que el conocimiento panorámico de la evolución histórica del fenómeno literario ha de inculcarse en el chico en tanto cuanto contribuya a una sublimación moral de éste. Analicemos brevemente ambas actitudes así pergeñadas.

El alumno ha de aprender una lista de nombres de autores y obras que se sucedieron en el transcurso de los tiempos. Pero no de una forma memorística y fugaz, vacía, casi inútil. Debe hacerlo persuadido del valor espiritual que los nombres encierran. Hágasele ver cómo el hombre, desde que inventó la escritura—a partir de sus más primitivas modalidades—, sintió un especial goce del espíritu por dejar manifiestos de un modo permanente, sus ideas y sentimientos, cosas ambas que conformaron la tónica religiosa, social y política de cada época y de cada comunidad humana.

Muchísimas brindan a nuestro goce con notabilísimas manifestaciones. Ya con la aparición de la cultura griega—descubridora de la razón—nace en el hombre una decidida inclinación al cultivo de la inteligencia por sí misma. De allí, en efecto, proceden casi todas las normas y cánones que rigieron—y rigen—la mayor parte del acervo cultural en sus más varias formas: es lo Clásico, que todavía podemos considerar como antorcha luminosa de la inteligencia.

Creóse, pues, a través del tiempo, un enorme campo de erudición, un verdadero archivo de la creación artística por medio de la palabra escrita. Tal patrimonio literario de la humanidad posee un mínimo de obras de valor universal que el alumno debe conocer. Pero por mucho que reduzcamos el cúmulo de conocimientos indispensables a una razonable ojeada panorámica de la evolución histórica de la belleza escrita, siempre será excesivamente grande, comparada con la tarea factible de una clase. Por eso, exige del Profesor una meditada—y metódica—división del trabajo, de acuerdo con el número de días lectivos de que dispone durante el curso. Se impone, por ende, en absoluto, una rigurosa selección de los puntos fundamentales que han de someterse al estudio escolar. Por otra parte, además, precisa leer y comentar en clase el mayor número posible de obras que sean como un hito en la producción literaria. Sobre esto insistiremos luego, porque a nuestro juicio, es el más útil instrumento para una enseñanza eficaz de las Letras.

Hecha la distribución del tiempo y del trabajo, seleccionados autores y obras que juzguemos imprescindibles conocer directamente, ¿cómo poner en marcha la clase, dentro del marco estrecho de un curso?

Generalmente, siguiendo la orientación oficial, se viene haciendo en un orden cronológico, por épocas, y en cada una de éstas, el estudio de los distintos géneros y escuelas. Si la enseñanza se hace práctica, amena y viva, pueden conseguirse grandes frutos, siempre que el Profesor tenga habilidad para adueñarse de los alumnos, y sea capaz de atraer el interés de éstos hacia el fenómeno literario.

Acaso no sea el mejor camino el de seguir un orden progresivo, a partir de lo más primitivo. Arrancar de una época muy antigua y estudiar en ella todos los géneros literarios importantes que hayan surgido es formar un *magnum* de cuestiones inaccesibles para mentes tan jó-

venes. A nuestro entender, lo más acertado es seguir un orden regresivo; y por lo que a los géneros literarios se refiere, estudiarlos uno a uno, tomando como punto de iniciación el estado actual de los mismos. Es decir, aprovechar los conocimientos que los alumnos traen de la calle, prensa, «cine», teatro, etc.; sobre ellos podemos empezar una labor constructiva sistemáticamente, regresando en orden cronológico hasta las más típicas y antiguas manifestaciones. Más adelante veremos cómo desarrollar prácticamente el plan expuesto.

Cuestión fundamentalísima en la clase de enseñanza que nos ocupa es la que pudiéramos calificar de «asimilación del valor estético y extracción del jugo vital» que las obras contienen. No podemos olvidar que trabajamos sobre producciones artísticas, obras que encierran belleza. Todo escrito literario expresa mil y mil pensamientos, ideas, sentimientos, enseñanzas, etc., de cualquier orden o esfera: religiosos, poéticos, patrióticos, políticos, folklóricos, etc. No obstante, todo ello ha de ir, si tiene categoría artística, imbuido, ambientado de un *algo* que le dé valor estético y agrade, por consiguiente, al espíritu de los lectores. Aludimos con ese *algo* a la belleza. Mas ésta, a su vez, puede dárseles en el fondo, en la forma o en la conjugación de ambos elementos, lo cual es el ideal.

Y el objetivo del Profesor — digámoslo así — habrá de consistir en conseguir que los alumnos sean capaces de asimilar aquélla; que sepan, o lleguen a saber, apreciar y saborear con auténtico deleite espiritual lo que de bello hallen en la lectura. Pero el sentimiento estético del alumno, ese sentirse atraído por lo que alegra su alma, necesita una formación especial, una educación «*sui generis*» que lo ponga en condiciones de proyectar su potencia de íntimo goce sobre aquello que lea.

Además, no olvidemos nunca lo que escrito queda acerca del concepto de la Literatura. Nada de aprendizaje memorístico de nombres, que no dicen nada cuando se graban

a secas. Al contrario, constituirían un estupendo cebo—y cebo—para atraer el odio hacia esta materia. Pensemos que aun en el mejor de los casos, el de un alumno estudioso que se aprendiese una larga lista de memoria... ¿qué habríamos conseguido? Nada.

Consideremos en todo momento que lo literario es algo vivo, que el alma de los pueblos—por medio de sus escritores—está produciendo de una manera continua, impregnándolo del modo de ser propio de la época y región en que surge. No hay duda alguna sobre tal afirmación. En toda obra literaria se conjugan inevitablemente dos factores: la personalidad del autor y el ambiente de su país y su tiempo. Las obras son, por ende, una representación genuina de cada pueblo en un momento determinado de su historia. Por otro lado, hay, claro está, antecedentes que obran sobre lo actual y consecuentes que actuarán asimismo sobre lo futuro.

Naturalmente, no en todas las producciones se manifiesta de modo claro el engranaje y trabazón que hemos esquematizado. Y por ello, se impone una cuidadosa selección de aquellas que nos sean útiles como símbolo de una época o raza. Estas, y no otras, han de ser objeto de nuestra predilección para leer y comentar detenidamente en clase con los escolares.

Un grupo no muy numeroso, pero seleccionado con tino y buen gusto, pondrá en nuestras manos el suficiente material para enseñar a los chicos el mejor modo de extraer las ideas, consecuencias y enseñanzas de fondo y forma de tales obras. Al mismo tiempo, les acostumbraremos a gustar el placer estético que las mismas sean capaces de despertar en nosotros. Una labor tenaz y pausada en este orden nos dará pronto la inmensa alegría de ver cómo aquellos adquieren el claro concepto de que las obras literarias no pueden reducirse a un mero título vacío de sentido y significación.

Y esto no es todo. También debemos hacerles compren-

der cómo el arte literario no se produce, ni está aislado e independiente de las demás Bellas Artes, sino que, por el contrario, uno y otros son a modo de brotes de una misma raíz fundamental que los rige y alimenta a todos, tal como estudió y demostró Wölflin ya hace tiempo. Verdad es, en efecto, que las manifestaciones artísticas de una determinada época de la historia tienen, en punto a su floración intelectual, una misma savia vivificadora, una especie de denominador común que a todas las informa. Magnífico venero de ejemplos para las clases tenemos, en tal sentido, parangonando el arte escrito con el plástico y arquitectónico; sobre todo los últimos nos serán utilísimos a nuestros fines, por cuanto son cosas que entran por los ojos.

No sólo las Bellas Artes tienen que ver, y mucho, con las obras literarias. También el espíritu religioso, el progreso científico y el discurrir filosófico del momento impregnan el fondo de aquéllas en muy alto grado. El autor posee una formación que obedece, necesariamente, a las culturas anteriores y a la contemporánea suya. Bebe en las fuentes que dejaron brotando sus predecesores geniales. Por eso, en toda producción escrita se conjugan siempre creación y circunstancia personal con ambiente común de raza y época. Erudición y sensibilidad producen la obra con fondo y forma, con claroscuros, unificado todo en una peculiar manera de escribir que llamamos *estilo*. De ahí que lo esencial e interesante para nuestra clase ha de ser el esfuerzo por adiestrar a los alumnos en el manejo directo de las obras geniales, de manera que a través de ellas interpreten el sentir, pensar y hacer de los pueblos de todos los tiempos; pero hincando nuestro interés, sobre todo, en la valoración literaria de la belleza de tales escritos.

Sólo así podemos esperar que los escolares aprovechen algo las clases de Literatura. ¿Que es empeño difícil? Naturalmente; y en ello radica la importancia de nuestro

trabajo y la bondad del fruto que puede cosecharse. En gran parte; diré mejor: en su totalidad, depende de que el Profesor sienta una decidida vocación por la tarea a realizar; de que éste posea una cierta aptitud para atraer la atención de los pequeños, aprovechando la fantasía luminosa que a esas edades disponen para asomarse al campo de lo literario. Es indispensable hacer la clase verdaderamente amena, interesante; hay que *dramatizarla*. Si el Profesor es capaz de convertir cada tema en un centro de interés, lo demás se lo dará la misma materia por afiadidura.

Naturalmente, estamos refiriéndonos a los alumnos que ya han pasado por un curso de Técnica o Preceptiva Literaria, como se llamaba antes. Esto quiere decir que *deben* saber leer y escribir el español con una corrección y soltura medianas, cuando menos. Y deben también conocer los diferentes géneros literarios en su conceptualización más clara; las figuras y elegancias del lenguaje; las clases de estilo, etcétera, etc. Con una preparación así, aunque sea bastante elemental, ya no es difícil afrontar el análisis de una obra, haciendo ver al alumno (con el texto de que se trate siempre a la vista) cómo, por ejemplo, se corresponden las formas literarias con los géneros y con las épocas en que aquéllas se emplean, etc.

Los pequeños conocimientos técnicos que aporten a las clases saldrán muy a menudo a la lid cotidiana del aula. Por consiguiente, todo lo que hayan aprendido, más o menos memorísticamente, y sobre muchos o pocos ejemplos, lo encontrarán muchas veces formando parte integral de las obras que se lean y comenten. De esta manera, lo que acaso haya sido antes un catálogo, empalagoso y aburrido, de nombres raros, se convertirá, por obra y gracia de la destreza del Profesor, en un escenario de cosas vivas que hablan e interesan al lector. Por un medio heurístico hemos de procurar que éste vaya adiestrándose en el reco-

rocimiento de las mismas por sí solo, cada vez que las encuentre.

Es decir, que el alumno debe llegar a la clase de Literatura con una formación lingüística anterior (la de los cuatro primeros años del Bachillerato) suficiente para navegar, sin miedo al naufragio, por los mares—apacibles o tumultuosos—de amplios horizontes que suponen los modelos extraordinarios que ha de ir penetrando poco a poco, teniendo como timonel la mano experta del Profesor. Claro, que puede darse el caso—no muy raro, desgraciadamente—de que no traigan tal formación previa. Entonces, no hay más remedio que suplir dicha falta con una labor preparatoria. Sin ella, sería edificar en arena. Sólo así podremos hacerles adquirir un mínimo de claridad en la percepción y en la expresión, a través de la corrección gramatical. Cuando el alumno sea capaz de expresarse con claridad y corrección y, si es posible, sea capaz también de manejar con cierta soltura frases elegantemente dispuestas, estará en condiciones de enfrentarse con las lecturas, siquiera sean parciales, de los mejores autores literarios, para gustarlos, comprenderlos, e, incluso, imitarlos en sus bellas formas de expresión.

Expuesto lo que antecede, henos ya frente a frente con un grupo de alumnos de cualquiera de los tres últimos años de estudio, y en las actuales circunstancias del Plan de Estudios vigente. Veamos cómo podemos desenvolvernos y acercarnos el máximo a nuestro fin.

Precisa considerar, ante los alumnos así dispuestos, dos problemas relativos a nuestro quehacer:

- 1.º Lo que tienen que *llegar a conocer*.
- 2.º Lo que tienen que *llegar a ser*.

El primero nos presenta un contenido claramente *perceptivo*. Por el contrario, el segundo es profundamente *activo*. En cuanto a aquél, el mismo cuestionario oficial nos recomienda que demos importancia «a una visión, siquie-

ra sea sintética, de los grandes ciclos literarios». Mas tomamos en seguida en este punto la primera gran dificultad práctica: la de hacer que los chicos adquirieran esa visión general del fenómeno literario. El citado cuestionario nos señala, sí, los temas que debemos abarcar, a grandes rasgos, desde las literaturas primitivas hasta las contemporáneas. Y ante semejante panorama es imprescindible preguntarse inmediatamente: ¿Será más eficaz hacer una exposición cronológica progresiva—tal como indica el cuestionario oficial—o, por el contrario, nos dará mejor resultado comenzarla por lo actual—que es lo que el alumno ve, oye, o lee en su vida cotidiana—, siguiendo un orden regresivo para terminar en lo más arcaico? Ambos caminos tienen, desde luego, sus partidarios y sus detractores pedagógicos. Nosotros somos partidarios del segundo. Y ello por varias razones: no olvidamos, sobre todo, el fundamental axioma de Herbart de que el conocimiento que se vaya adquiriendo por el alumno de una manera consciente debe arrancar y apoyarse en el inconsciente que trae adquirido del continuo trato con todo lo que en su vida corriente le rodea: lecturas, teatro, «cine», novela, prensa, conferencias, conversaciones, etc. Imaginemos la atracción que sentirá el escolar hacia la explicación o el comentario cuando se le hable en clase de cosas «que le suenan» de la calle, o de temas que ha visto desarrollados en el «cine», y hasta en discusiones que puede haber escuchado en centros de reunión o en su misma casa. Hay que reconocer, por ejemplo, que una de las cosas buenas a que dió lugar el «cine» ha sido una incitación a la lectura o relectura de determinadas obras modélicas, con el afán de compararlas con su original escrito, ver cómo y cuánto se ajustaba la película a la obra que ellos habían leído o habían visto algún día en los anaqueles de la librería o en la Biblioteca del Centro, o en los de su propia casa. Podemos afirmar la exactitud de todo esto porque así lo hemos observado y experimentado con nuestros pequeños oyentes. Y

no hay duda de ningún género que cuando esto sucede, éstos van a clase con un interés especial y *a priori*.

Otro motivo para inclinarnos al segundo método nos lo proporciona la meditación sobre el primero. ¿No será excesivamente difícil y aventurado hacer comprender y gustar a un muchacho de quince o dieciséis años la belleza de las formas de expresión vertidas en un lenguaje que, al menos en parte, tiene que traducirse al castellano actual? Ejemplo: El Poema del Cid. La dificultad es manifiesta: si todavía no he tenido tiempo de pulir la sensibilidad para lo estético, ni siquiera respecto al lenguaje que oye y escribe todos los días, ¿cómo será capaz de captar de buenas a primeras las bellezas expresivas de un lenguaje tan galano, donairoso y rico como el del Arcipreste de Hita, por ejemplo?

Por esto, y algo más, nos inclinamos a defender el método regresivo, partiendo de lo conocido hacia lo desconocido y más antiguo. Claro está que ello no puede—ni debe—privarnos de seguir las normas oficiales que nos aconsejan y mandan dar a los alumnos idea de una perspectiva histórica y leal de lo que de más importante existe en el fenómeno literario de todos los pueblos.

Siguiendo un orden u otro, la exposición de los distintos temas tiene dos facetas: una, expositiva, por parte del Profesor, y receptiva la otra, por parte del alumno. Para realizarlo con éxito debemos empezar por dar al tema un ambiente que ponga de relieve las características religiosas, políticas, filosóficas, sociales, etc., de la época que vayamos a estudiar. Procuremos crear una atmósfera de interés y amenidad que intrigue a los infantiles oyentes. Disponemos de abundantes medios para ello: alguna leyenda alusiva a nuestro asunto, anécdotas de tipo histórico, cantares o romances relativos al mismo o a un autor que hayamos de estudiar entonces, etc., etc. Incluso, si es posible, una proyección de «fotos» y documentos gráficos de que podamos disponer. Evidentemente, esta la-

bor requiere una anticipada preparación de la clase por parte del Profesor. Este no tendrá más remedio que seleccionar con tino, cuidado y buen gusto el material de trabajo que juzgue útil a su fin; entre otras cosas, ha de mirar mucho de elegir entre todos los elementos de que pueda disponer aquellos que puedan halagar la fantasía del chico, tan desarrollada en esas edades. Y casi es obvio advertir cuánto y cómo se ha de tener en cuenta la psicología de los que le van a escuchar. Desde tal punto de vista, están perfectamente previstas muchas de las reacciones de la juventud. La vida mental de ésta atraviesa por diferentes etapas durante las cuales el modo de comportarse psíquicamente no es el mismo. Depende de las edades; por ejemplo, antes de llegar a la pubertad, los chicos pasan por un momento de fuerte y agudo realismo, es decir, un decidido asomo al exterior, interesándose por cuanto le rodea. Es el momento crítico en que el muchacho empieza a sentirse dueño de sí mismo, despierto, sobre todo, a los intereses de orden práctico. La mucha fantasía de la etapa anterior—desde la segunda infancia hasta los doce o catorce años—va dejando paso a una especial atención por las cosas heroicas, resueltas, positivas. Por el contrario, más tarde, en plena pubertad, se produce en su ánimo una honda crisis que trae como resultado un desplazamiento del interés literario hacia términos indefinidos. El alumno hace ya su entrada en la concepción más o menos trágica de la vida; percibe la terrible dualidad del yo y el mundo. Y, como consecuencia, su alma se proyecta sobre éste con un sentimiento ciertamente lírico.

Pues bien, el Profesor debe aprovechar estos distintos modos de manifestarse lo anímico, para centrar los temas y asuntos más acordes con la naturaleza de los mismos, dando un desarrollo más amplio e intenso a aquellos que juzgue más adecuados al momento psicológico de los chicos.

Pongamos un solo ejemplo: Una clase de quinto año, con chicos de catorce a dieciséis años. Queremos explicar la Literatura Oriental, y dentro de ella, de un modo especial, la de la India. Hágase ver el sentido de fantasía, misterio, simbolismo y religiosidad de toda la vida india. Cuéntese de modo atractivo alguna leyenda, algún apólogo, tan abundantes en este pueblo. Fáciles son de encontrar, aunque sea un cuento fantástico de *Las mil y una noches*. Enséñese luego—y mejor todavía proyectada—alguna «foto» de rincones típicos de la India; de personas vestidas a usanza del país; de sus templos, tan recargados decorativamente y tan monumentales; de las gigantescas estatuas de Buda, etc. Inmediatamente notaremos—nuestra experiencia lo confirma—cómo se ha formado en la clase ese ambiente de interés tan propicio a la exposición docente que lleva a los alumnos a no perder ni una palabra de cuanto el Profesor explique sobre la concepción de la vida: el sentimiento, la ternura, la delicadeza de espíritu y las bellas expresiones de los autores indios.

Hecho esto, resúmaseles en un cuadro sinóptico—públicamente, en la pizarra—lo más notable de los autores, géneros y obras. Después de cada clase debe exigirseles el resumen escrito de todo lo oído y visto, que habrán de dejar consignado en cuaderno. Si se hace así, estad seguros de obtener un no mediano fruto en la parte de esta enseñanza que hemos dado en llamar *receptiva*, o de «llegar a conocer». Pero, naturalmente, hemos de completar nuestra labor con la parte *activa*, de que hablaremos más adelante.

Hemos puesto el ejemplo de la India como podíamos haberlo hecho con la Epopeya en general (haciendo hincapié, sobre todo, en la griega), especialmente si se tratara de alumnos algo mayores que los que hemos propuesto... ¡Ahí es nada! Poder entusiasmarles con las estupendas hazañas de un Aquiles, o de un Cid, o bien re-

crearlos con las «mañas» y astucias de un Ulises o un Martín Antolínez...

Ahora bien, no olvidemos—y nunca lo repetiremos lo bastante—que, ante todo y sobre todo, la educación e instrucción literarias hay que encaminarlas decididamente hacia una recta conformación espiritual; hacia una cultura de la sensibilidad estética, y, en fin, hacia un manejo correcto y elegante de la lengua española. Tan ambicioso objetivo solamente llegaremos a conseguirlo cuando seamos capaces de empujar y orientar a nuestros discípulos a «un llegar a ser» cultos. Indispensable nos es, pues, ponerlos en pie de actividad. Precisa procurar a toda costa que cuanto vean y oigan en las clases se incorpore de tal manera a su espíritu que, en lo sucesivo, lo descubran luego «por sí mismos», levemente auxiliados por el Profesor en la lectura directa de las obras. A esto podemos llegar cuando pongamos en práctica la aludida parte «activa» de la enseñanza de que tratamos. La esbozaremos a continuación.

La enseñanza *activa* de nuestra materia comprende los siguientes puntos:

- a) Lectura, comentario y estudio analítico y sintético de textos literarios.
- b) Ejercicios de exposición, recitación e interpretación, hechos oralmente.
- c) Ejercicios de redacción y composición.

Ejercicios todos que, realizados con método y constancia, nos producirán notabilísimos resultados en esta enseñanza.

a) *Lectura, comentario y estudio de textos.*—Será el ejercicio complementario y paralelo de la exposición histórica que el Profesor vaya haciendo de la Literatura. En él topamos con el problema de no poder, naturalmente, leer y comentar en clase una obra completa de cada autor. He aquí, por tanto, una necesidad insoslayable de se-

lección y depuración de textos. La solución no es ningún arco de iglesia. Hay que elegir aquella obra que, entre todas las que hayamos citado teóricamente, sea, por sus características y méritos especiales, el modelo o ejemplar de cuantas puedan entrar en una posible lista comprensiva de un género o período. Pero cuidemos de que tal obra nos ofrezca el acoplo de datos y elementos suficientes para demostrar y comprobar prácticamente lo explicado antes en teoría.

Por este procedimiento podemos estudiar a través de todo el curso las obras cumbres o señeras (muchas de ellas ya editadas en magníficas ediciones escolares) de los diferentes géneros literarios y épocas. A la vez, puede hacerse otro tanto con trozos, más o menos extensos, que encierran claras muestras del estilo que nos ocupe en cada tema.

Antes de exponer de un modo más explícito el procedimiento a seguir en el estudio de las mismas, nos interesa poner de relieve algunos extremos relativos a la necesidad de tales comentarios y al objetivo fundamental que con ellos debe perseguir el Profesor. Uno de ellos, y de esencial importancia, es conseguir que el texto escrito vaya convirtiéndose de simple elemento informativo y sugeridor en material asimilado, activo, consustancial para el lector. Hay que tener muy presente que las posibilidades virtuales de cada cual tienden siempre a un plano ideal a que referirse. Y una de las preocupaciones de nuestra clase ha de consistir en el anhelo de una ejemplaridad expresiva.

El arte literario es el arte expresivo por excelencia. Por tanto, no basta estudiar en la obra artística la cultura y el desenvolvimiento espiritual que en ésta se manifieste, sino que es indispensable y muy provechoso atender también a la técnica o instrumento de expresión en sí mismo; a la manifestación del espíritu humano que presente, y muy especialmente a la estética, es decir, a las

intenciones artísticas que instalen a los alumnos en el universo poético de la obra comentada.

Seleccionada, y hasta depurada, cuando sea conveniente, la obra representativa en alto grado del género o época, sería muy útil que la tuviese delante cada uno de los alumnos. Hay muchas, en efecto, cuyas ediciones baratas están al alcance de cualquier bolsillo. Lo difícil será precisamente que el Centro pueda facilitar un ejemplar a cada escolar.

Y comencemos ya la lectura. Ha de ser muy meditada, minuciosa y trabajada. Cada chico leerá, bajo la dirección del Profesor, un capítulo o trozo lo suficientemente extenso para que despierte la sensibilidad del lector. Una vez bien leído, hay que entrar en su análisis. Los caminos para hacer éste son los tradicionales en toda obra literaria y artística en general: el *fondo* y la *forma*. Ambos elementos constituyen un verdadero tesoro de sugerencias aprovechables y valiosísimas para nuestra labor de ir conformando e informando el espíritu de los escolares y educándoles estéticamente.

En cuanto al primero—tema o asunto—, fácil es sacar partido provechoso para la clase, puesto que todas las obras encierran ideas, sentimientos o enseñanzas que el autor trata de comunicar a sus semejantes. Hágase, pues, que los alumnos extraigan el sabor emocional o el conocimiento doctrinal de lo leído. Que cada lector exponga oralmente el resumen de lo leído, analizando, luego el Profesor el proceso que aquél sugiera: antecedentes y consecuencias a través de toda la Literatura. Destáquese bien su valor para la cultura, la moral, la política, etc., etc., de los pueblos en los que tales obras se hayan producido. Pongamos especial cuidado e interés en hacerles apreciar la trascendencia que hayan podido tener para la época o para la vida entera acaso. Y, si a ella se presta el tema, pongamos de manifiesto su continuidad y pervivencia a lo largo de todos los géneros literarios más diversos. Ima-

ginemos, por ejemplo, que estamos leyendo y comentando en clase el Poema del Cid... ¡Qué riqueza de paisaje literario ir encontrando el mismo tema en el Cantar primitivo, en las Crónicas, en el Romancero, en el Teatro de y anterior al Siglo de Oro, etc., hasta llegar a nuestros contemporáneos!

Llamemos la atención sobre la originalidad del tema, su realismo o idealismo. Si tiene descripciones en sus escritos, pongamos de relieve la mayor o menor realidad y belleza de las mismas. Cuando salgan a relucir personajes, analicemos si tienen o no vigor los caracteres, qué psicología digna de consideración ofrecen; si tienen algún parecido con seres auténticos o son producto de una fantasía alucinada. Si hay episodios que llamen la atención y por qué, etc., etc.; así, todo aquello de que podamos extraer un conocimiento útil y un elemento de educación artística más o menos inconscientemente. Y, claro está, que no hay duda alguna sobre la posibilidad artístico-educativa de toda obra buena, cuando ésta ha sido elegida con un criterio acertado.

Respecto a la *forma*, también tenemos en ella un vivo rode de factores que nos ayudarán positivamente a instruir y educar en este sentido. Pensemos que, precisamente, radica en ella la parte más íntima del autor, la que nadie puede apropiarse, y que, además, la parte mayor de humanidad, por decirlo así, que deja el escritor en su obra: es lo que llamamos *estilo*. La fantasía y sentimientos—cualidades auténticamente distintivas del ser racional—están indiscutiblemente volcados en las formas de expresión; por ello, precisamente, debemos utilizar el comentario y análisis de éstas para obtener una educación de la fantasía y de la sensibilidad de los discípulos, con la práctica y entrenamiento en la apreciación de las expresiones de pensamientos y sentimientos ajenos, con lo cual podemos llegar a formarles la facultad de expresar con claridad y precisión los propios.

Es particularmente interesante hacer notar cómo los estilos—lo mismo en prosa que en verso—obedecen a la muy particular psicología de quienes los poseen. Por otro lado, por lo que a la forma métrica se refiere, patentecemos en todo momento la estrecha relación que une la *forma* con el *fondo*. Y como, generalmente, cada época tiene sus preferencias métricas, de igual manera que los diferentes géneros requieren las suyas. Amenos recorridos podemos hacer por el campo literario para comprobar esto; así, los cantos épicos prefieren especialmente un molde de versos de arte mayor; las expansiones líricas se vierten más a gusto en sonetos o sextinas; los temas ligeros o jocosos son más expresivos en versos octosilábicos, etcétera, etc.

Y, por lo que a las figuras y elegancias del lenguaje toca, nos brindan preciosos instrumentos para, bien interpretadas, afinar el espíritu del lector. Todavía podríamos decir muchas cosas más acerca del modo eficaz de hacer estos análisis con verdadero deleite y aprovechamiento por parte de los escolares y sobre las mil sugerencias que el estudio de la forma y fondo—estilo—de las obras pone en manos del Profesor. Pero se va haciendo ya demasiado extenso este trabajo de simple orientación didáctica, y pasaremos al siguiente apartado.

b) *Ejercicios de exposición, recitación e interpretación orales.*—Al estudio analítico de los textos literarios deben seguir los ejercicios de exposición oral comprendidos en el presente epígrafe. Trozos métricos—épicos o líricos—que deben aprender de memoria para recitarlos luego. Resúmenes orales sobre los temas leídos. Tales ejercicios sirven para que el alumno vaya adquiriendo una especial manera de expresarse, la cual, sin dejar de ser correcta y lo más elegante posible, puede y debe ser particular de cada cual. Hay que tender a fomentar siempre la creación de un estilo propio, claro, sencillo y natural; y

c) *Ejercicios de redacción y composición.*—He aquí

otra de las partes fundamentales de la enseñanza que nos ocupa. Todo cuanto se haga referente al mejoramiento de la expresión oral tiene que ser intensificado en lo que se refiere a las formas de expresión escrita. La lectura y comentario de las mejores obras de la Literatura nos proporcionarán el material suficiente para dichos ejercicios. Los clásicos, sobre todo, constituyen el mejor y más noble acervo de elementos necesarios para esta cuestión. Debe subrayar el Profesor de modo especial los trozos, párrafos o frases cuya estructura sea modelo de elegancia y bien decir. Es uno de los mejores sistemas—y acaso el único eficaz—para adquirir soltura y cuidado en la expresión. Esto es, leer y fijarse mucho en lo que nos ha dejado escrito los mejores autores de nuestra lengua.

En todo ejercicio de composición, a base de cosas leídas en voz alta en clase, hemos de procurar trazar un esquema que sirva a los alumnos como orientación acerca de los puntos o cuestiones de que deben fijar con más interés. El ejercicio podemos esquematizarlo así: *Fondo*, comprendiendo: originalidad del mismo, antecedentes y consecuentes, descripciones de figuras o paisajes, realismo e idealismo de éstos, personajes, sus caracteres. Y en la *Forma*: prosa, versos, en este caso, estudio de la métrica); elegancias y tropos empleados por el autor; géneros literarios, vocabulario empleado, que puede ser: culto, vulgar, natural, afectado; el estilo: claro, confuso, sencillo, equilibrado, etc., etc. Y a continuación consignar la impresión propia y sincera del lector.

Con tales ejercicios debemos alternar los de redacción sobre temas ya estudiados antes en clase. Es de extraordinaria importancia la labor del Profesor en dicho aspecto. Y ha de poner en ella todo su entusiasmo, su cuidado y su saber. Nada de corregir los ejercicios en casa, anotando las faltas en los cuadernos y puntuándolos así en silencio y lejos de los alumnos. Semejante procedimiento ni enseña ni estimula. Gran resultado, por el con-

trario, nos está dando otro método: recogidos todos los ejercicios, nos dedicamos a corregir en clase dos o tres cada día. El autor, desde luego, siempre presente y muy atento a la corrección explicada. Las frases incorrectas se escriben en el encerado y públicamente; con la participación directa de todos los compañeros, hacemos las correcciones explicando con claridad el por qué de ellas, y aludiendo constantemente a lo leído en algún buen autor. Así se desmenuzan todas las cuestiones interesantes con la entusiasta ayuda de todos los chicos que se creen lo suficientemente preparados para ser correctores de los demás condiscípulos. Los resultados son estupendos. La experiencia me autoriza a afirmar que, al cabo de unos meses de tarea en esta forma, apenas encontraremos en los escritos de los alumnos el empleo de construcciones raras y feas, de palabras impropias o mal aplicadas o de vocablos excesivamente generales e imprecisos, etc., etc.

Creo que no será necesario advertir que los resúmenes de todas las explicaciones y ejercicios de lecturas, comentarios, etc., han de quedar fielmente registrados en los cuadernos de los alumnos. Nosotros acostumbramos a exigirles dos cuadernos: uno, para los cuadros sinópticos y resúmenes de las explicaciones, y otro, para el resto de los ejercicios. No es necesario, ni mucho menos obligatorio, que estudien de memoria las lecciones del libro. Simplemente les exigimos la lectura y explicación en voz alta de todo lo que hayan recogido en sus cuadernos de la clase anterior.

Como complemento y ampliación de todo lo que antecede, señalamos a cada uno la obligación de hacer el comentario escrito—siguiendo las orientaciones recogidas en clase—de tres obras literarias, a elegir por épocas, de una lista propuesta por el Profesor. Uno lo presentarán en enero, después de Navidades; otro, después de Semana Santa, y, por fin, el tercero, a fin de curso.

Toda esta breve Metodología expuesta en el presente

escrito puede y debe aplicarse, tanto en el caso de seguir un orden cronológico progresivo—de acuerdo con el cuestionario oficial—como en el de hacer el estudio por géneros literarios o por generaciones de autores, procedimientos ambos que también tienen sus alicientes y eficacia.

Y dejemos ya este trabajo. De seguir, habría para escribir un libro. Nos basta con haber expuesto, tal como sabemos, las orientaciones didácticas que pueden aplicarse a las clases de Literatura en los Centros de Enseñanza Media, y teniendo en cuenta—insistimos en subrayar esto—las normas y cuestionarios oficiales y las circunstancias pedagógicas del actual Plan de Estudios de 1938. Pero queremos hacer constar que nada hemos teorizado de cuanto queda dicho. Estas letras se reducen sinceramente a las conclusiones que hemos recogido—y seguimos comprobando—de una ya bastante larga experiencia de clase.

Más o menos acertadas, podemos asegurar que, con la práctica tenaz y paciente de tales normas, hemos avanzado bastante en el camino hacia el ideal señalado por el mismo Estado cuando dice en el preámbulo de la citada Ley del Bachillerato que: «Es nuestra lengua el sistema nervioso de nuestro imperio espiritual y herencia real y tangible de nuestro imperio político-histórico... Sólo un profundo estudio de nuestro idioma sobre sus textos clásicos y el aprendizaje de su empleo y de sus bellezas puede darnos la seguridad de que el presente renacer de nuestro sentido nacional y patriótico, labrado a golpes de dolor y adversidad, no sea una exaltación pasajera, sino algo permanente y substantivo en el espíritu de las generaciones venideras.»

Y, en efecto, tal debe ser el blanco de todo nuestro trabajo y nuestro entusiasmo. Que los alumnos sean capaces—al cabo de sus tres cursos de Historia de la Literatura—de identificar por el vocabulario, métrica, estilo, fondo, etc., con

más o menos aproximación, la época, escuela o posible autor de un texto literario; que puedan desentrañar las ideas que éste encierre y la propulsión que hayan podido dar a la cultura de la Patria... Pero, sobre todo, forjemos hombres con personalidad, pues jamás debemos alejar de nuestra mente la certera—y acertada—idea de que «educar lingüísticamente es, ni más ni menos, que educar para la originalidad».

JOSÉ MARÍA VIQUEIRA BARREIRO